

FUNERAL DEL Sr. JOSEP BENET
Homilía del P. Josep M. Soler, abad de Montserrat
26 de marzo de 2008
Hch 10, 34-43; Jn 14, 1-6

Queridos Sr. Obispo, M. H. Honorable President, Autoridades,
M. Abadesa, comunidad hermana de Sant Pere, sacerdotes concelebrantes,
Queridos hermanos y hermanas todos:

Voy a prepararos sitio, decía Jesús al evangelio que acabamos de escuchar. Nos ha preparado *sitio*, después de demostrarnos, con su muerte en cruz, que es el siervo de la humanidad. Y no solamente nos ha demostrado hasta qué punto nos ama, sino que ha dado la vida para purificarnos de nuestra oscuridad y de nuestras faltas y nos ha preparado estancia en su casa porque quiere que vivamos allí donde él está. Lo celebramos con todos los cristianos del mundo en esta octava de Pascua. Lo celebramos y vivimos, con la esperanza de que este don que viene de la muerte y de la resurrección de Jesús continuará activo en nosotros más allá de la muerte.

Por eso las palabras del evangelio toman un relieve muy especial en el momento de la muerte de nuestro hermano en la fe Josep Benet. Ciertamente, con su muerte y su resurrección, Jesús nos ha preparado *sitio*, hasta el día que volverá y nos llevará a su casa. Éste volver para venimos a buscar tiene lugar ya en el momento de la muerte de cada uno. Por eso, ahora que Josep Benet nos ha dejado, rogamos para que Jesucristo, que lo ha venido a buscar, le otorgue el fruto copioso de su cruz. Es decir, que lo tome y lo lleve a aquella casa suya de la cual nos ha hablado al evangelio para que viva allí por siempre. Puede parecer mentira que hablemos de vivir, ante la realidad cruda de la muerte. Los cristianos, que también sentimos el dolor de la separación y nos vemos interpelados por la muerte, creemos en la palabra de *verdad* y de *vida* que nos dice Jesucristo. Sólo que la vida a la cual morimos y la vida a la cual estamos llamados después de la muerte, no son de la misma calidad. Y el *camino* que lleva a vivir allí donde Jesús vive, como vencedor de la muerte y de todas las limitaciones y los males humanos es la acogida de la Palabra de Jesús mismo o, si lo queréis decir de otra manera, de los valores que nos enseña al Evangelio. La Palabra y la persona de Jesús, ya anticipan en el corazón del creyente un degustar la vida nueva de después de la muerte.

Y en eso, como nos ha dicho la primera lectura, *Dios no hace distinciones: acepta al que lo teme y practica la justicia, sea de la nación que sea*. Por eso, a pesar del dolor por la muerte de Josep Benet y por el testimonio viviente que perdemos con él, su esposa Florència, sus familiares y amigos y todos los que participamos en esta celebración, nos sentimos confortados. A nuestra oración para que Jesucristo lo acoja en la casa de Padre donde tiene preparado *sitio*, se une la esperanza que nos viene de esta palabra que hemos oído: *Dios acepta al que lo teme y practica la justicia, sea de la nación que sea*. A pesar de la debilidad y las dificultades inherentes a la precariedad humana, Josep Benet ha actuado siempre movido por su fe cristiana. En la base de su personalidad y en la consolidación de esta fe, tuvo un papel importante su paso por la Escolanía de Montserrat y el magisterio concreto de tres monjes, que el año 1936 fueron asesinados; de hecho, su vinculación con Montserrat ha perdurado siempre. Toda la vida y la trayectoria de Josep Benet como abogado, historiador y político ha sido marcada profundamente por su fe cristiana y el compromiso social y cívico que esta fe implica. No es ahora el momento de hacer una evaluación, pero sí de agradecer su esfuerzo de coherencia entre la vida y la fe. Hasta el final. Y de

agradecer también su trabajo en favor de los derechos humanos y nacionales en los tiempos más duros del franquismo, a menudo en colaboración con los abades Aureli M. Escarré y Cassià M. Just, y su intervención en la transición democrática en el estado Español y en la construcción de la autonomía de Cataluña.

Josep Benet deja una especie de testamento a nuestra sociedad, contenido de una manera muy notable en su primer volumen de las memorias, escritas con mucha ilusión y lamentando todavía el domingo pasado por la tarde, pocas horas antes de morir, de no poder ofrecer el segundo volumen. Este testamento hace referencia fundamentalmente a dos aspectos. Primero, trabajar por Cataluña; los momentos actuales no son fáciles, pero nos invita a aprender las lecciones del pasado y a defender la identidad nacional, la lengua y la economía del País. El otro aspecto de lo que veo como un testamento, es el de la reconciliación. Ya los años 1946 y 1947, con ocasión de las fiestas de entronización de Santa María de Montserrat, él propuso públicamente una reconciliación nacional, la defendió en su tiempo de senador y ha continuado defendiéndola hasta los últimos días. Hay que dejar el pasado a los historiadores, decía, y nosotros tenemos que trabajar para el presente y para el futuro dentro del espíritu de superación de las divisiones. Un testamento, pues, de construcción positiva de la sociedad, sin agresividades, en el respeto y el diálogo desde la diversidad de posiciones. Un testamento fundamentado en su humanismo cristiano.

El Señor ha venido a tomarlo y él lo ha seguido con fe, una fe que todavía manifestaba poco antes de morir con la plegaria y la ayuda de los auxilios espirituales, asistido por un monje de nuestra comunidad. Con la serenidad que la Pascua de Jesucristo nos infunde ante la muerte, lo confiamos en esta Eucaristía al amor misericordioso de Dios, para que purificado de sus faltas, Jesucristo mismo lo haya acompañado a la presencia del *Padre* y pueda vivir con plenitud; con aquella plenitud de Dios que anhelaba.

Por eso, en ésta momentos tenemos que acoger las palabras de Jesús que iniciaban el fragmento evangélico que hemos escuchado: *no perdáis la calma: creed en Dios y creed también en mí*. Sí, que nuestros corazones se serenen ante la muerte de una persona amada, y también cuando nos damos cuenta de que nuestra vida asimismo está abocada a la muerte. Serenémonos y procuremos seguir el camino que nos indica el Evangelio, así llegaremos, por don de Dios, a la vida para siempre *donde ya no habrá muerte, ni luto, ni llanto, ni dolor* porque han sido vencidos por la muerte y la resurrección de Jesucristo, él que *enjugará las lágrimas de los ojos* humanos (cf. Ap 21, 4).